



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

## BOSSUET.

Entre los grandes hombres que han consagrado su vida al estudio, en bien de sus semejantes, dejando en pos de sí obras de su ingenio de fama imperecedera, merece sin duda un preferente lugar el gran Bossuet. Nació en Dijon en 1627, de una familia de magistrados, se educó en el Colegio de Navarra, donde tuvo por maestro á Cornet, que adivinó su genio, y recibió las órdenes sagradas en 1652. Dejó entónces á Paris, y se estableció en Metz, donde era su padre consejero del Par-



Bossuet.

lamento, y donde habia obtenido una canongía; pero llamado muy amenudo á Paris para asuntos de la diócesis, empezó á cobrar una grande y merecida reputacion como orador sagrado por sus sermones y panegíricos de los santos, predicando delante del Rey y de la Reina madre, y obteniendo la conversion de muchos protestantes, entre las cuales se citan las de Turena y Daugeau. En 1669 fué nombrado obispo, y en 1670 preceptor del *Delfin* (el príncipe), componiendo para su real discípulo el *Discurso sobre la Historia Universal*, en el cual, despues



de haber presentado un rápido resumen de acontecimientos, busca la razón de los designios de Dios sobre su Iglesia.

La Academia admitió á Bossuet en su seno en 1671, y cuando la educación del Delfín concluyó, el Rey le nombró para el obispado de Meaux. Se dedicó toda su vida al cuidado de su diócesis y á la predicación, sin dejar de hacer profundos estudios filosóficos y teológicos, y convirtiendo protestantes, en lo que trabajaba con preferencia. Sus obras son el testimonio de lo que estudiaba y sabía, y el renombre y la perpetuidad que han alcanzado, la prueba más completa del mérito que este hombre, virtuoso en extremo, laborioso en gran manera y entendido en alto grado, poseía y empleaba con fruto en la conversión de aquellos que caminando por equivocado sendero se apartaban del verdadero camino que conduce al trono de Dios; la verdadera religión.

## HISTORIA SAGRADA.

JOSÉ, HIJO DE JACOB.

### II

Los mercaderes llevaron á José á Egipto, corte de los reyes egipcios, y le vendieron á Putifar, capitán de la guardia de Faraon, quien admirado de la sabiduría, prudencia y fino comportamiento de su joven esclavo, le dispensó la mayor estimación y valimiento nombrándole mayordomo de su casa. Solía decir Putifar que desde que había comprado á José poseía un inmenso tesoro. Pero el Señor tenía reservados al pobre hijo de Jacob otros sufrimientos y duras pruebas, antes de que su divina misericordia concediese el premio á su virtud. La mujer de Putifar incitó á José á cometer un crimen ofensivo á la ley de Dios, á su virtud y á su amor; pero el santo mozo desechó tan infame proposición, é irrobada su señora con tal desaire, acusó á José ante su marido de la enorme falta que ella quiso cometer en vano. Putifar

cruzó á su esposa, y el inocente hombre fue reducido á prisión, sin que se le permitiera justificarse. Ved aquí, querido mío, en cárcelades la virtud y la inocencia. Pero, ¿qué importa, si en honor de Dios, un joven ha vencido á todo el poder de Surlbel sin más armas que la castidad? Dios se lo premiará.

José, en la prisión, siguió observando la santa conducta que tanto le había distinguido hasta entonces, mereciendo por su virtud que el carcelero le concediera superioridad sobre los demás presos. Un año llevaba en la cárcel cuando se le presentó ocasión de manifestar su sabiduría, pues estando presos con él dos criados del rey Faraon, copero el uno y panadero el otro, esta una noche tuvieron un sueño análogo al oficio de cada uno. Soñó el copero que veía una vid con tres ramilletes, los cuales instantáneamente florecieron y dieron fruto, y que exprimido el jugo de los racimos en la copa de Faraon, se lo había servido. El panadero soñó que sobre la cabeza llevaba tres canastas llenas de ricos pasteles para el rey, y que venían las aves y se los comían. Sabedor José de los sueños de sus compañeros, y obtenido permiso de ambos para su explicación, le interpretó diciendo al primero que su sueño significaba que dentro de tres días le respondería Faraon en su antiguo destino, y al panadero le anunció con sentimiento que á los tres días le cortarían la cabeza. Sucedió así como José lo ratificara; y el copero agradecido de él le prometió interceder cerca de Faraon para conseguir su libertad. Pero como generalmente sucede que una vez que recibimos favores no nos acordamos ya de ellos, el copero no pensó ya en la promesa que había hecho á su compañero de



prisión, hasta que después de dos años Faraon mismo tuvo una noche dos misteriosos sueños. En el primero le parecía ver que del río Nilo salían siete vacas gordas y hermosas, y que luego fueron devoradas por otras siete flacas y extenuadas; despertó, y discurriendo sobre este sueño volvióse a dormir, y tuvo otro análogo al anterior, con la diferencia de ser espigas en este las que eran vacas en aquel. El día mañana siguiente mandó llamar a los principales adivinos para que se los explicasen, mas la respuesta que le dieron le dejó en la incertidumbre.

Entonces se acordó de José, el copero, y refirió a Faraon cuanto había sucedido en la cárcel con su sueño, y con el de su desgraciado compañero, y el fiel cumplimiento que había tenido la explicación del joven hebreo. Mandó el rey llamar al instante a José, quien estando en su presencia y habiendo oído el relato de sus sueños, le dijo que las siete vacas gordas y las siete espigas, bonas y hermosas significaban que habían de venir siete años de abundancia extraordinaria de cosechas; y las siete vacas extenuadas y las siete espigas raquíticas presagaban que a la abundancia se seguirían siete años de esterilidad que causarían un hambre general y cruel; y que le aconsejaba dispusiera que en los siete años primeros se hicieran grandes acopios del grano sobrante para evitar la miseria en los de carestía. Agrado mucho a Faraon la interpretación de José, aprobó su consejo, y considerándole capaz y singularmente apto para llevar a cabo la ejecución de cuanto él mismo acababa de iniciar, le nombró su primer ministro y gobernador de todo Egipto, dándole un poder absoluto en todo su reino. Mandó que le pusieran su amillo y ricas vestiduras, y que así le paseasen en triunfo por las calles de la corte.

¡El pobre hijo de Jacob, primer ministro de

Egipto! Mirad, amados lectores, como el Señor empieza a premiar las virtudes de José.

¡Por qué medios tan extraños a nuestro parecer, le ha enaltecido desde la cárcel hasta el lugar más próximo al trono! Mas no creáis, queridos niños, que los sueños son una profecía; esto sería una necia preocupación: pero en la Sagrada Escritura vemos que muchas veces el Señor se ha manifestado a los hombres por este medio, ya haciéndoles alguna promesa, o ya por otros altos fines de su divina Providencia, como el que acabáis de ver; pues no hay duda que los sueños referidos eran encaminados al engrandecimiento de José.

(Se continuará)

ANTONIO SAN VICENTE FERRER.

## CUENTOS MORALES ALEMANES.

### EL NIÑO MENDIGO.

Continuación (1).

El agua aun no cocía; y añadió al fuego una astilla, después otra, hasta que la vieja le dijo riéndole que iba a dejarla sin leña; él la prometió entonces tres patatas en recompensa, y así le consintió avivar un poco la llama. Al fin grandes pompas brotaron en la superficie del agua, y de pronto comenzó a cocer.

—¡Ya cuece el agua! gritó Enrique, y fué a coger la olla; pero la tía Catalina le contuvo, advirtiéndole que aun no estaban las patatas cocidas.

El pobre muchacho esperó con la más viva impaciencia. Al cabo de algun tiempo la anciana tomó una astilla y pinchó una patata, y encontrándola ya bastante blanda, vertió el agua con gran alegría de Enrique, y la olla fué vaciada delante del hogar, donde rodaron los tubérculos grises, algunos de los cuales estaban abiertos y tenían un magnífico aspecto. El niño dio los tres mejores cumpliendo su promesa, y envolviendo los restantes en su misma ropa, corrió a escape a su casa.

Durante este tiempo había oscurecido casi por completo.

(1) Véase la pág. 21.



Juana y Elisa estaban ya de vuelta, y los niños comían los pedazos de pan que habían recogido cuando entró Enrique.

—¿Qué es lo que traigo aquí? les gritó. Poned aquí la mano. ¡Ah! ¡ah! ¡Está calentita la ropa, eh?

—¿Qué es? ¿qué tienes ahí? preguntaron Elisa y Juana muy asombradas; pero Rosa lo adivinó, y dijo con alegría:

—¡Son mis patatitas! ¡Mis patatas! ¡Enrique las ha comprado!

Este hizo cuatro partes de su tesoro, y dió á cada cual la suya. Una hermosa patata bien abierta fué depositada por él en la cuna de su hermanito, porque ya dormía;

¡pero qué buen desayuno encontraría al despertar al día siguiente!

Todo el mundo come las patatas con gusto; pero ¡qué placer debieron ser para aquellos niños que desde muchos días no habían tomado nada caliente! Después de haber terminado su *deliciosa* comida, se sintieron penetrados de un dulce calor: las hermanas besaban las manos á su hermano, que conmovido con esta gratitud tenía los ojos bañados en lágrimas.

«¡Ay! si yo pudiese hacer otro tanto todos los días, se decía, ¡qué bueno sería eso!» pero el pobre niño no podía.

A la entrada del padre toda alegría cesó.



El niño mendigo.

Los niños se fueron á la estera en su rincón. Su padre venía ébrio como todas las noches. Ni una palabra cariñosa salió de sus labios para sus hijos, quienes por su parte no pensaron tampoco en lanzarse á su encuentro y hacerle la menor demostración de afecto. ¡Hacía daño verlo!

Encendió una lamparilla que tenía en la ventana, porque en vano se hubiera buscado una mesa en la habitación. A la escasa luz miró todos los rincones, y viendo á sus hijos les gritó con la voz más áspera:

—¿Qué haceis ahí, rebujados como las marmotas? ¡Pronto, el dinero!

Juana se acercó la primera, desató un nudo de su falda, que la servía de bolsillo, y presentó á su padre el producto del día. Elisa tenía ya el suyo en la mano, y se apresuró á añadirle al de su hermana. El pobre Enrique permaneció tímidamente de pie en su sitio.

(Se continuará.)

C. L. DE C.

## LA VIEJA Y EL PERRO.

Cuentan las antiguas crónicas que allá en edades lejanas, no se sabe por qué medio los animales hablaban;



y hay muchísimas personas que este suceso no estrañan, pues hay muchos animales con el don de la palabra.

Érase una viejecita tan limpia como una plata, que pasó toda su vida viviendo como Dios manda. Sus labores y sus rezos todo el día la ocupaban,

y sin murmurar de nadie, siempre recogida en casa, jamás la ocurrió meterse en camisa de once varas. Una tarde un perro negro, de fea y sombría estampa, entró sin pedir permiso á donde estaba la anciana; y meneando la cola se sentó sobre la almohada, y dijo: «Muy buenas tardes,



La vieja y el perro.

mi señora doña Eustaquia.»

Alzó la vieja los ojos del libro donde rezaba, y quedó mirando al perro en actitud asombrada.

—¿Qué me cuenta usted de bueno?

—No puedo contarte nada ni á ti ni á nadie, que yo no sé nunca lo que pasa.

—Pues yo la contaré á usted cosas que van á asombrarla. La sobrina del dean, que está en opinion de santa, tiene un novio, y es sabido que ya no es monja y se casa.

—¿Es posible?

—Don Rufino, el hermano de las ánimas, ha escapado con los fondos,

y ni un alguacil le atrapa.

—¿Es cierto?

—Doña Gertrudis, que dice que está tan mala, da bailes todas las noches y cuando la sacan baila.

—¿Qué atrocidad!

—Don Fulano, y Zutanito y Mengana, esto y lo otro, la dijo, y continuando su charla la tuvo así entretenida una hora, pero larga. Despidióse muy cortés, y cuando la pobre anciana fué á dar vuelta á sus guisados vió que la carne faltaba.

(Se concluirá.)



## LA HIJA DE LA VIRGEN MARÍA.

(TRADUCCION DEL ALEMAN.)

A la entrada de un extenso bosque vivia un leñador con su mujer y una hija única de tres años, á la que no podian mantener los infelices consortes, pues eran tan pobres que carecian hasta de lo más necesario.

Una mañana salió el campesino muy triste á trabajar, y cuando estaba partiendo leña se le apareció una señora hermosísima, que llevaba en la frente una brillante corona de estrellas.

—Soy, le dijo, la Señora de este país. Sé tu miseria. ¿Quieres entregarme á tu hija y haré con ella las veces de madre?

El leñador vió el cielo abierto. Corrió en busca de la inocente criatura y se la llevó á su palacio.

La niña era allí muy feliz. Comia bizcochos, bebia buena leche, vestia trajes de oro y todos procuraban complacerla. Cuando cumplió catorce años, la llamó un día la señora para decirle:

—Querida hija mia: teniendo que hacer un viaje muy largo, te entrego las llaves de las trece puertas del palacio, doce de las cuales puedes abrir, pero no la décima tercera, que se abre con esta llave. Guárdate bien de ello, pues de lo contrario te sobrevendrian grandes desgracias.

La jóven prometió obedecer, y cuando partió su protectora comenzó á visitar las habitaciones, una cada día, hasta concluir de ver las doce. La circunstancia de hallar en todas el trono de un rey, adornado con gusto sin igual y magnificencia inexplicable, avivó sus deseos de saber lo que ocultaria la puerta prohibida.

—Ya que no por completo, dijo á los que la acompañaban, quisiera entreabrir la un poco á fin de que mirásemos al través de la rendija.

—¡Ah! no, advirtieron los pajes, porque lo ha prohibido la Señora, y podria sucederte alguna desgracia.

La niña guardó silencio; mas no bien se hubieron ido los criados, cuando, atormentada por la curiosidad, pensó interiormente:

—Ahora estoy sola y nadie puede verme.

Y colocando la llave en el agujero de la cerradura, la dió vuelta, apareciendo en el interior la estatua de un rey, envuelta en el más vivo resplandor. Un rayo de luz desprendido de ella, tornó de color de oro la punta de uno de los dedos de la desobediente, la cual, sin acertar á explicarse lo que la acontecia, cerró la puerta con precipitacion y se dió á correr toda amedrentada y temblorosa.

Al cabo de unos días, que trascurrieron sin devolver á la conciencia su calma y al dedo su color primitivo, volvió de su viaje

la Señora, llamó á la jóven y la pidió las llaves del palacio.

—¿Has abierto la puerta décimatercia? la preguntó.

—No, contestó la niña sin inmutarse.

La señora colocó su mano en el corazon de la mentirosa, y, aunque al ver que le latia con violencia, comprendió que habia sido violada su orden, la interrogó de nuevo;

—¿De veras, no lo has hecho?

—No, contestó la niña segunda vez.

La señora miró el dedo dorado al contacto de la luz, y convencida de la culpabilidad de su ahijada, volvió á interrogar:

—¿No lo has hecho?

—No, contestó la niña por tercera vez.

Entonces dijo la señora:

—La que sabe no sólo desobedecer sino mentir no merece estar conmigo en mi palacio.

La jóven cayó en un profundo sueño, á cuyo despertar se encontró tendida en el suelo, en un lugar triste, despoblado. Quiso dar voces, y no pudo articular palabra. Quiso huir, y un espeso bosque que la rodeaba por todas partes, detuvo su paso. En el círculo en que se veia encerrada halló un árbol, carcomido por los años, cuyo hueco tronco eligió por habitacion. Allí dormía de noche, y, si llovía ó nevaba, aquel era su abrigo, sin que su alimento fuese otro que hojas y yerbas.

Despues de un largo período de soledad, de hambre, desnudez y otros padecimientos indecibles, un día de primavera el rey de aquel país penetró en el bosque en persecucion de un corzo, que llegó en su huida hasta la espesura que rodeaba al viejo árbol. El príncipe bajó del caballo, separó las ramas y se abrió paso con la espada, no sin quedar maravillado al ver sentada debajo del arbusto á una jóven sobre manera hermosa, encubierta desde la cabeza hasta los piés por sus luengos y rubios cabellos.

—¿Cómo has llegado hasta este destierro? le interrogó el rey con asombro.

Mas ella no le contestó, porque no podia despegar los labios.

—¿Quieres venir conmigo á mi palacio? Insistió el príncipe, sin embargo.

Y como por señas le diese á entender su asentimiento, el rey la subió en su caballo y se la llevó á su morada, donde despues de vestirla y rodearla del mayor esplendor se apasionó y casó con ella.

Al cabo de un año la reina dió á luz un hermoso niño. Una noche, hallándose sola en la cama, se le apareció su antigua Señora, que le dijo:

—Si quieres confesar al fin la verdad, te devolveré el uso de la palabra; pero si te obstinas en mentir, me llevaré al recién nacido.

Entonces pudo hablar la princesa, mas fué para manifestar solamente:



—No, no he abierto la puerta prohibida. La Señora se llevó al tierno angelito, cuya falta, al notarse á la mañana siguiente, hizo que se esparciese el rumor entre la servidumbre de palacio que la reina lo habia matado. Todo lo oia aquella sin poder defenderse. Y gracias á que el rey la queria demasiado para creer tales murmuraciones.

Trascurrido otro año, la reina dió á luz otro niño; y de nuevo tornó á aparecersele por la noche la Señora.

—Si quieres, insistió esta, confesar al fin que me desobedeciste, te restituiré tu hijo y te desataré la lengua; mas si te obstinas en tu pecado, me llevaré tambien este otro.

La princesa repitió:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La Señora le quitó de los brazos al niño llevándoselo á su morada. Y, al hacerse pública su desaparicion á la mañana siguiente, no sólo se dijo ya en alta voz que la princesa lo habia matado, sino que hasta los mismos consejeros de la corona pidieron que se la procesase. Sin embargo, el monarca la amaba tanto que les negó lo que pedian, mandando so pena de muerte que no se hablara más del asunto.

Al año tercero, la reina, que habia dado á luz una hermosa niña, vió presentarse tambien durante la noche á la Señora, que la dijo:

—Sigueme.

Y cogiéndola de la mano la condujo á su palacio, donde le enseñó á sus dos primeros hijos, que la conocieron en seguida y jugaron con ella. Entonces, como la madre se alegrara mucho de verles, repitió la Señora:

—Si quieres confesar ahora la verdad, te restituiré tus dos hermosos hijos.

La reina contestó por tercera vez:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

Oido lo cual, la Señora volvió á la madre á la cama y se llevó consigo á la niña.

A la mañana siguiente, viendo que no hablaban al recién nacido, repetian á una todos los de palacio:

—La reina es ogra; hay que condenarla á muerte.

El rey no pudo menos de seguir en esta ocasion el parecer de sus consejeros; la princesa compareció ante el tribunal, y como la falta de habla la impedia defenderse, fué condenada á morir en una hoguera.

Atada estaba ya al palo, y la llama de la pira comenzaba á rodearla, cuando el arrepentimiento brotó en su corazon.

—Si pudiera, pensó interiormente, confesar antes de morir que he abierto la puerta...

Y exclamó:

—Sí, señora, he sido culpable.

No bien se le ocurrió este pensamiento, cuando apareció la Señora acompañada de los dos niños y sosteniendo en sus brazos á

la niña, y dirigiéndose á la reina le dijo con acento lleno de bondad:

—Todo el que se arrepiente y confiesa su culpa, es perdonado.

Y entregándole sus tres hijos, y devolviéndole el uso de la palabra, la hizo feliz por el resto de su vida.

## UN RECUERDO

Á MI AMIGO D. EDUARDO DE LINARES (1).

Á UN NIÑO DE POCOS DIAS.

¡Ángel de paz, el mundo al poseerte  
Conviértase en mejor!...

*Sebastian Lopez de Cristóbal.*

Inocente criatura,  
Bella cual grupo de rosadas flores,  
Risueña cual los plácidos amores  
Que colman á tus padres de ventura:  
¡Ay!... naciste llorando;  
Pero Dios te guardaba gran consuelo  
Colocando á tu lado el dulce anhelo  
De un ángel que te vela suspirando;  
Y ese ángel cariñoso  
Te prodiga dulcísimas caricias,  
Transformando en placeres y delicias  
Cuanto podria serte pesadoso.  
Así, tu amargo llanto  
Sea cual yo deseo pasajero,  
Ya que una tierna madre, con esmero  
De ti ansía alejar todo quebranto.  
Gratos sean los dias  
De tu edad juvenil, ya que los años  
Transcurren de los hombres, entre engaños  
En vez de seductoras alegrías!...

.....  
Veloz pasa la vida  
De alegre pubertad; mas cuando de hombre  
A obtener llegues el penoso nombre  
No olvides, no, á esa mujer querida;  
No olvides á esa madre  
Que llora cuando tú angustiado lloras,  
Y que será feliz si tú la adoras  
Cual hoy la adora tu ilustrado padre.  
Y el Señor bondadoso,  
al mirar tanto amor, tanta ternura,  
Os ornará con la aureola pura  
Con que suele premiar todo lo honroso.  
Porque Dios mandó al hombre:  
«Tus padres honrarás como á tí mismo.»  
Y aquel que no obre así, del cristianismo  
No merece ostentar el santo nombre.

Por esto yo, criatura  
Bella como el capullo de las flores,  
Te recomiendo imites los amores  
Que colman á tus padres de ventura.

ILDEFONSO IGUAL.

Olot, Enero 3 de 1878.

## ANÉCDOTAS.

Juan Ronzal era un bobalicon que merecia su apellido, y andan por ahí en lenguas mil anécdotas sobre sus sandeces, que prueban lo poco que tuvo de Salomon en toda su vida.

(1) Remitido.



Le regaló un amigo un baston con un magnífico puño de oro para cuando fuera alcalde, y le mandó cortar el puño.

Encontrándole un día el amigo, y viendo estropeado su regalo, le dijo:

—Hombre de Dios, ¿has quitado el puño al baston?

—Sí, porque era muy alto para mí.

—¡Haberle cortado por abajo, alma de cántaro!

—¡Quia, tonto! ¡Si por donde le sobraba era por arriba!!

En otra ocasion quiso hacer testamento, porque pensaba emprender un viaje, y le preguntó el escribano:

—¿Cuántos hijos tiene V. en la actualidad?

—Cinco y cinco que se me han muerto.

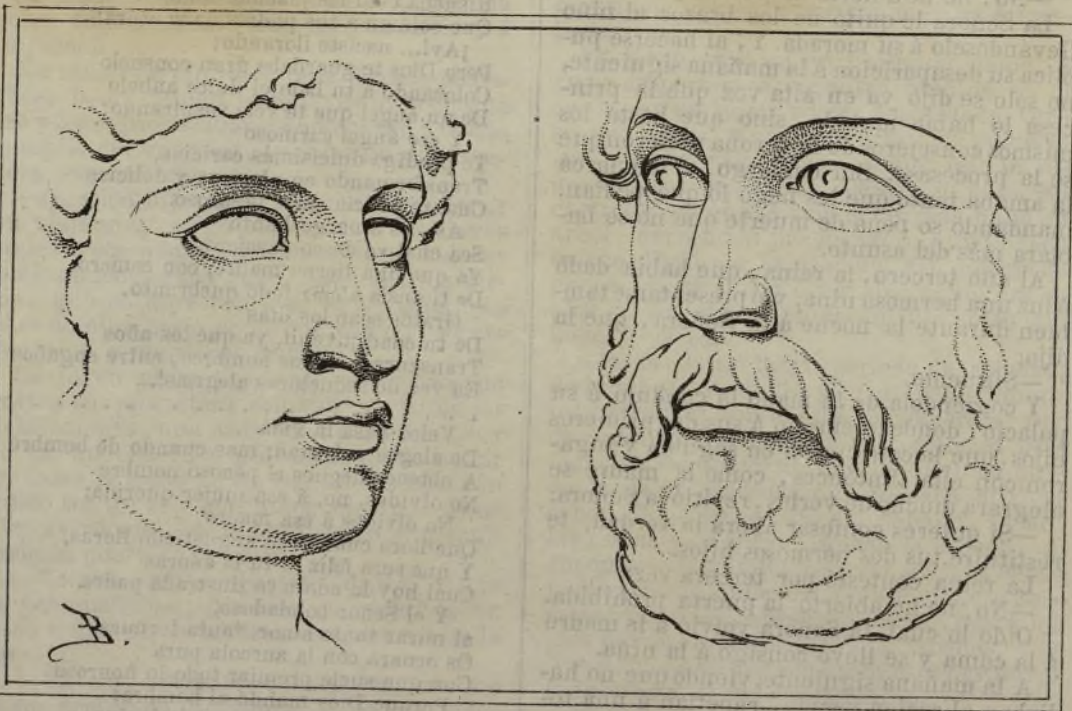
—¿Cómo se llamaban los muertos?

—En este pueblo, señor, á los muertos les llaman *difuntos*.

Otra vez estaba velando á un enfermo que dormia un rato despues de sufrir muchos dolores, y cuidadoso Ronzal de que nadie turbara aquel sueño, *disparó un tiro* á un raton, porque hacia ruido y *podia despertar* al enfermo.

## CHARADA

En un *prima tercera*  
estaba un pajarillo  
haciendo *prima prima*,



### Elementos de dibujo.

con tono compasivo.

—¿Por qué *prima y segunda*  
con tal y tanto ahinco  
y de un modo tan triste?

me preguntó Pepito.

—Porque aquellos muchachos  
le arrebatan su nido  
con un rico tesoro...

¡Sus hijos tiernecillos!

Se puso el niño grave,  
y asaz meditativo  
cual si una gran desgracia  
le hubiera acaecido.

Mas oyendo en el *todo*  
un alegre motivo,  
escapa hacia la casa  
cantando y dando brincos.

Feliz la tierna infancia,  
dichosa edad del niño,  
que cual recibe, ahuyenta  
por el menor motivo  
las penas y alegrías  
en un momento mismo.

(La solución en el próximo número.)

Solución de la charada primera del número 51:

LLAMARADA.

De la segunda:

CAMINO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.